

ALBERTO CONTADOR. Por Braulio A. García

martes, 07 de febrero de 2012

Modificado el miércoles, 08 de febrero de 2012

ALBERTO CONTADOR

Por Braulio A. García

En uno de mis anteriores viajes a La Península sub  con dos de mis nietos, Javier y Macarena (8 y 6 años, respectivamente) al Puerto de Navacerrada en la sierra de Madrid. Debió ser un día entre semana y en un mes no frío porque no había un alma. Yo prefiero esos días, a los del tumulto de esquiadores y al espectáculo de los coches sin cadenas varados en los arcones llenos de nieve de la sinuosa carretera.

ALBERTO CONTADOR

Por Braulio A. García

En uno de mis anteriores viajes a La Península sub  con dos de mis nietos, Javier y Macarena (8 y 6 años, respectivamente) al Puerto de Navacerrada en la sierra de Madrid. Debió ser un día entre semana y en un mes no frío porque no había un alma. Yo prefiero esos días, a los del tumulto de esquiadores y al espectáculo de los coches sin cadenas varados en los arcones llenos de nieve de la sinuosa carretera.

Como casi siempre, elegí La Venta Arias para comer y en esas estábamos, solitos los tres en el comedor, ante a chimenea apagada, cuando oímos unas voces aparentemente airadas que provenían de la barra, a la entrada del local...

" Que no Campe n, que le he dicho a usted que no!"

y luego, ruido de risas y pasos apresurados... entonces apareció ante nosotros un chico muy delgado embutido en uno de esos trajes de ciclistas de colores estridentes (como para que los vean hasta los conductores m is cegatos)... Era Contador quien, con una sonrisa que no le cabía en el rostro, huía de un par de camareros por toda la Venta. Se volvió hasta donde estábamos y nos pidió perdón por irrumpir de aquella manera en el comedor, dribl  a los camareros valiéndose de las mesas y salió a la calle grit ndoles

"Gracias muchachos"...

Yo me qued  estupefacto, mis nietos no sabían quién era y estaba tratando de explicársele, cuando el camarero que nos atendía se acerco preguntándome:

"  Sabe Ud. quién era ese chico tan majo?... Contador, el ciclista...  jes m is buena gente!... todo este l o es porque pidió unas botellas de agua para él y otros dos chicos que le acompañan en su entrenamiento y no se las quisimos cobrar...  A ver!...  c mo le vamos a cobrar unas botellas de agua, con todas las alegrías que nos da?... Pues el muy cabrito nos dejó el dinero en el mostrador y nosotros se lo queríamos devolver...  que tipo m is salao!...  la madre que lo pario! !  corre como un conejo!"

No s  nada de ciclismo, pero me parece el m is agotador de todos los deportes, el que exige un esfuerzo m is constante y precisa de una determinación y una entrega sin fisuras... - y pensar que yo llegaba asfixiado al Siete de Guía después de subir la cuestecita del Lomo de Guillén en mi BH negra, mientras esos esforzados atletas conquistan el Tourmalet o el Angliru, luchando contra  ela pajara,  para al día siguiente meterse otros doscientos kilómetros en el cuerpo a base de pantorrillas y pulmones-

Hoy me he enterado, con muchísima pena, que un rígido tribunal deportivo ha condenado a Contador y lo ha despojado de todo lo que ha ganado desde que se le detectó una ínfima cantidad de clenbuterol en su organismo.  l pobre muchacho ha dado pruebas de que ama a ese esforzado deporte y ha vuelto a ganar otros premios, seguido de cerca por los huelebraguetas recolectores de meadas,  !   por qué despojarle entonces de lo que ha ganado limpiamente?... Francamente, no lo entiendo.

Sospecho que las pobres mamás de los implacables y despiadados jueces que lo han condenado hoy, no oler n

demasiado bien! Pues bien, yo también quiero sumarme, a sabiendas de que las pobres señoras no tienen la culpa, y contando, de seguro, con la anuencia del personal de La Venta de Arias, a ese envío continuo de regalitos escatológicos para esas distinguidas damas, y para toda la parentela de tres generaciones previas, de TODOS y cada uno de los rebenques que tan injustamente han juzgado a un muchacho al que ahora no le cabe la tristeza en la cara.

«Pues no faltaba más» - como diría el mítico Pascual Calabuig.

P. D. Se me olvidaba comentarles que, ya de regreso a Madrid, vi por el retrovisor interior del coche que Macarena estaba algo pensativa sentada en su sillita llena de amarres,

-¿En qué piensas Maca?

y ella me respondió con otra pregunta:

-¿Abuelo, y dónde llevan el dinero los «biciclistas»?... y, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, se quedó frita casi instantáneamente, antes de que yo me pudiera inventar algo porque sabido es que un abuelo tiene el DEBER de contestar a todo.